

## DISCURSO

SOBRE

## LA NECESIDAD DE LA RELIGION

PARA LA FELICIDAD PUBLICA,

PRONUNCIADO DELANTE DE LA ACADEMIA FRANCESA,  
EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE SAN LUIS, A 25  
DE AGOSTO DE 1817.

*Pietas ad omnia utilis est, promissionem  
habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.*

La virtud sirve para todo, como que trae  
consigo la promesa de la vida presente  
y de la futura. I. Tim. cap. IV. v. 6.

**S**i en algun rey de la tierra se han verificado alguna vez estas palabras del Apóstol, es cierta- te, señores, en aquel cuya memoria celebra- mos en este dia; en aquel rey que arreglan- do siempre su política por su religion llegó á ser

SOBRE LA NECESIDAD DE LA RELIGION. 135

tanto mas grande entre los hombres cuanto fué mas santo delante de Dios, y que de este modo supo hallar en su misma piedad el origen de la gloria, tanto en la vida presente como en la futura. *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.* Nombrar pues á S. Luis es recordaros cuanto puede haber de mas augusto, quiero decir, el talento y la virtud sentados juntos para bien de la humanidad en uno de los mas hermosos tronos del universo.

Sencillo en sus gustos, magnífico por digni- dad, humilde á los pies de los altares, pero terrible en los combates; dulce y accesible en el comercio de la vida, pero inmutable en sus designios, reunió en su persona las cualidades mas contrarias en la apariencia; y he aquí lo que segun la expresion de un histo- riador le constituye uno de los hombres mas grandes y mas singulares que haya habido ja- mas. Prodigio de luces y de sabiduría para el siglo en que vivió, llegó á ser el árbitro de los príncipes de su tiempo, así como era su mode- lo; legislador lleno de prevision echó por medio de sus leyes los cimientos de la verdadera libertad de los pueblos, así como de la verdade- ra grandeza de los herederos do su trono; celo-  
»

so de los derechos del trono, por el bien mismo de sus súbditos, los defendió siempre por deber, sin jamas ceder en ellos por debilidad; personaje heróico experimentó el mayor extremo de desgracia sin abatirse jamas; magnánimo en las cadenas, sublime en los brazos de la muerte, supo ser rey cristiano en todos los instantes de su vida; pero si debió á la naturaleza todas las sublimes cualidades que se admiran en los héroes mas famosos de la antigüedad, á sola su piedad debió ser preservado de los vicios de estos. *Pietas ad omnia utilis est.*

¡Cuán glorioso, señores, es para la Francia haber sido gobernada por tan gran monarca, y qué frances no se regocijará al ver á este ilustre cuerpo renovar los homenages anuales tributados en otro tiempo por él á la memoria de nuestro santo Rey! Al consagrar, digámoslo así, la academia francesa su renacimiento, por medio de esta piadosa solemnidad, parece declarar al mundo entero, que en ella subsiste no ménos el espíritu que la forma primitiva de su fundacion, y que los primeros hombres de la nacion por su mérito literario aspiran á la gloria de ser tambien los primeros en su adhesion á la religion, así como al trono de S. Luis. Este dia feliz presagia en efecto la vuelta de todos los hom-

bres ilustrados á aquellas verdades sagradas que habian profesado hasta nosotros los legisladores y los sabios de todos los siglos; que jamas desconocieron los pueblos impunemente, y las solas que pueden rejuvenecer nuestra antigua monarquía, como solas pudieron formarla en su nacimiento, y hacerla crecer en la serie de los siglos con tanta gloria y prosperidad.

¿Pero de qué nos serviría llorar algunas veces los desastres y las calamidades que han assolado nuestra patria, si no abjurásemos los perversos sistemas que podrian acarrear nuevas desgracias? Las malas doctrinas fueron las que todo lo conmovieron: sean pues las buenas las que todo lo consoliden. Penetrado de esta idea voy á exponer algunas consideraciones acerca del espíritu irreligioso de nuestros tiempos modernos para hacer conocer cuanto debe temerse que destruya el reposo y la libertad de los pueblos, y cuanto importa para la felicidad pública contener sus funestos progresos. Vosotros deseais sin duda, diremos á los enemigos de la religion, ver establecerse en nuestra patria instituciones durables que afancen la tranquilidad pública, que preparen en lo presente un porvenir feliz, y precavan las disensiones, las turbulencias civiles, la anarquía y los males que á es-

ta se siguen: en una palabra, deseais ver fundarse el órden público, lo deseais justamente, pero sin religion no puede haber órden público: primera reflexion. Vosotros no quereis medidas arbitrarias, quereis el imperio de la ley, y que bajo de su egida disponga cada uno libremente de su persona, y use de sus bienes y de sus derechos: en una palabra, deseais ver fundarse la libertad para todos. Enhorabuena; pero sin la religion no puede haber libertad pública: segunda reflexion. Tal es la division de este discurso sobre la necesidad de la religion para la felicidad social; materia importante que yo me complazco en tratar ante la flor de los escritores de la Francia, ante aquellos mismos que por sus escritos pueden ejercer una influencia tan favorable sobre lo futuro como sobre lo presente. El sabio que no emplea sus conocimientos en hacer triunfar la verdad y la virtud, desconoce su vocacion, y profana los dones que ha recibido del autor de todo bien: debe tener siempre presente que el talento y el poder no han sido dados al hombre sino para el bien de sus semejantes, y que tan prohibido le está abusar del primero para corromper, como del segundo para oprimir: imploramos ante todo al Dios de S. Luis por la mediacion de aquella

que tan particularmente es la patrona de la Francia y de la familia de nuestros reyes.—*Ave María.*

Si hubiéramos de dar oídos á ciertos novadores modernos que han impugnado con un éxito deplorable las creencias mas arraigadas en las naciones cristianas, y muy frecuentemente hasta aquellas primeras verdades que todos los pueblos han mirado como sagradas, creeríamos que ellos solos han conocido el secreto de perfeccionar el mundo social, y de establecer la libertad pública; pero caminemos á la luz de la antorcha de la razon y á la de la experiencia, y veremos que es imposible que en una nacion prevalezca el espíritu irreligioso de que semejantes novadores han tenido la desgracia de hacerse apóstoles sin que cause la ruina del órden público y de la libertad. Procuremos aclarar esta verdad de modo que á todos sea perceptible.

Yo convengo en que los estragos de la irreligion llaman poco la atencion cuando solo la profesa un pequeño número de hombres, ó se halla confinada en algunas obras poco comunes: es sí una levadura funesta, pero que aun no ha fermentado bastante para viciarlo y corromperlo todo: confesaré tambien que muchas

veces aun los hombres irreligiosos se ven contenidos en sus malas opiniones por antiguos hábitos, y que dominados sin advertirlo por la impresion de las ideas cristianas recibidas en la primera edad, son algunas veces por una feliz inconsecuencia ménos malos que sus sistemas; pero supongamos que esas doctrinas de la impiedad salen de entre las nubes que las cubrían para manifestarse al público; que consignadas en libros extendidos entre toda clase de lectores, llegan á ser la opinion dominante del mundo sabio y literario, de los ricos y de los grandes; que por todas partes inficionan á los padres de familia, á los maestros de la juventud, á los magistrados, y á los depositarios del poder, y que por medio de progresos insensibles pasan desde las ciudades á las cabañas, haciéndose así mas ó ménos populares. ¿Será posible no concebir entónces vivos temores, y no temblar por la tranquilidad de la sociedad? La irreligion con sus máximas atrevidas y cómodas remueve en el corazon de los pueblos todas las pasiones desordenadas, los hace mas inquietos y mas indóciles, los irrita contra el yugo de las leyes y de la autoridad, relaja todos los vínculos domésticos, y de este modo prepara la discordia y el desórden en las familias y en la so-

ciudad. Es una verdad reconocida por los buenos ingenios de todos tiempos, consagrada por la experiencia de los siglos y por la autoridad de todos los legisladores, y ya trivial en cierto modo á fuerza de repetirse, que la sociedad se funda en la ley, la ley en la moral, y la moral en la religion; ¿y cómo no amenazará ruina el edificio social cuando estan conmovidos sus mismos cimientos?

¿Y qué, señores, si aun en aquellos pueblos donde la religion ejerce más su imperio saludable para el bien de la humanidad, y en donde por su feliz ascendiente sobre las almas prevalece mayor número de injusticias y de atentados, aplaca mas odios, y afianza mas el respeto á las leyes y á la autoridad; si aun en estos causan las pasiones demasiados estragos; ¿qué seria si se les quitase la religion que es la barrera mas fuerte que se les puede oponer? Entónces á todos los excesos que la religion no evita á causa de la malicia de los hombres, se reunirían los excesos aun mas numerosos que efectivamente impide por su divina y secreta influencia; se harian mas comunes en todas edades y en todas clases desórdenes de todo género, y aquejado el cuerpo social por esta levadura de corrupcion y de impiedad sediciosa,

amenazarían una disolución general. Es fácil hacer en un libro una enumeración minuciosa de todos los males para los que la religión tal vez ha podido servir de ocasión ó pretexto al orgullo ó á la ambición de los hombres por el abuso que de ella ha hecho la perversidad de estos mismos. ¿Pero por qué se ha de echar un velo sobre los bienes inmensos de que ella sola es origen por sus máximas y su espíritu? La sociedad goza de sus beneficios casi sin advertirlo, y se escapan, digámoslo así, á nuestra vista los buenos sentimientos que introduce en las almas, la compasión y la generosidad que inspira, y los consuelos que derrama. ¿Pero es acaso ménos real su acción porque sea secreta? No, señores, es como ese calor vivificante que sin hacer perceptible su influencia anima la naturaleza y hace germinar las plantas y madurar los frutos. Se dice muchas veces lo que ha llegado á ser un pueblo por el abuso que en él se ha podido hacer de la religión; pero es preciso conocer también lo que el mundo social llegaría á ser sin ella. Diré pues valiéndome aquí de las palabras de un orador ilustre de nuestros días: „La religión es la vida del cuerpo político, y no le deja más que la alternativa ó de conservarse con ella, ó de disolverse sin ella.”

No lo dudeis, señores: sin la religión veríamos ahora más que nunca turbadas las familias por la discordia y el libertinaje, esposos sin unión, hijos sin respeto, y criados sin fidelidad; veríamos más que nunca seres desnaturalizados, que libres del freno de una educación religiosa, aprenderían desde su más tierna juventud los ardides, y adquirirían la audacia del crimen, y presentarían, horrorizando los tribunales, el más espantoso de todos los espectáculos, el espectáculo de los crímenes en la edad misma del candor y de la inocencia; sin ella veríamos á los malhechores deponer el temor á la justicia divina, y calculando á sangre fría la corta duración del tiempo del suplicio, marchar en seguida al patíbulo, llevando sobre su frente, no la palidez y la vergüenza del crimen, sino casi la calma de la virtud, y dando así al pueblo el horroroso ejemplo de un culpable que muere sin terror y sin remordimientos; confiados entonces los hombres en que todo termina en el sepulcro, y en que, en caso necesario, podrían substraerse al castigo y al oprobio por medio del suicidio, se arrojarían á los proyectos más inicuos, más insensatos y acaso más desastrosos para su patria. En fin, sin la religión se verían en todas partes más que nunca egoístas, que sin

pensar jamas en los bienes de la vida futura, amarian con mayor ardor los de la vida presente, y que mas devorados de ambiciosos deseos, serian ménos sensibles á los males ajenos, ménos capaces de sacrificios generosos, y mas y mas inclinados á todos los desórdenes, que son la plaga tanto de los estados como de las familias. ¡Ojalá que yo no hiciese aquí mas que una pintura de males imaginarios, y que de ningun modo se hubiesen realizado entre nosotros! ¿Pero no podré apelar al observador, al hombre público, al magistrado? ¿No podré decir á los que estan armados de la espada de la ley contra los malhechores: No es cierto que la decadencia de los sentimientos religiosos ha hecho mas comunes y precoces toda suerte de desórdenes y de delitos? Y para llamar las cosas por sus nombres, ¿no es cierto que se ha visto aumentarse de una manera horrorosa los escándalos del suicidio, del infanticidio, del concubinato, de los hijos ilegítimos, y de aquel crimen que tanto se resiste á la naturaleza, que un legislador de la antigüedad creyó deber suponerle imposible?

Vosotros los que á mediados del último siglo levantábais la voz con el estruendo de la trompeta para predicar el odio y el desprecio á la

religion, vosotros habeis reclamado como vuestra gloria de haber curado el cuerpo social de una enfermedad violenta, del exceso del falso celo, en una palabra, del fanatismo. ¿Pero no veiais que con vuestros sistemas depositábais en su seno gérmenes de ruina y de muerte? Con ellos desapareceria el que vosotrós llamabais fanatismo religioso, no lo niego; pero se introducirian los desórdenes mas monstruosos, los vicios mas innobles y mas viles, el egoismo mas roedor, y la depravacion mas refinada; se disolverian los vínculos sociales, y por último se veria brotar el fanatismo de todas las pasiones desencadenadas. El verdadero fanatismo turba la sociedad; la impiedad la mata; el primero es un uracan que agita, mutila y arranca las ramas del árbol mas vigoroso; la segunda una llaga secreta que corroe hasta sus raices, y justamente puede decirse con un famoso escritor, que la indiferencia filosófica es la tranquilidad de los sepulcros, mas destructora que la guerra misma.

Y no por esto creamos (haré de paso esta observacion) que el ateismo se manifieste solo por la indiferencia, el desprecio ó el olvido de la religion; no: tiene tambien sus furores y sus persecuciones. Juan Santiago, á quien nada

costaban las paradojas mas inconsideradas, ha creído poder decir que el ateísmo no hace derramar sangre; pero á nuestra misma vista ha desmentido bien palpablemente la experiencia esta asercion. Jamas la sangre humana ha corrido con mas abundancia que bajo del reinado del ateísmo; y á la verdad que nada tiene de extraño: cuando apénas se mira á la especie humana sino como á una familia de plantas, ó una raza particular de animales, ¿deberá sorprendernos que se la trate con desprecio, y se consideren sus dolores y su muerte solo como un juguete? Asemejando el hombre á los brutos es natural acostumbrarse á tratarle como á ellos; y en esto es tanto mas fria la barbarie, cuanto que exenta del temor de la justicia divina, no conoce los remordimientos, y á los ateos es ciertamente á quienes con particularidad pueden aplicarse mas literalmente estas palabras del Sabio (1): „Las entrañas de los impíos „son crueles.” *Viscera impiorum crudelia.* Así opinaba el mismo Voltaire cuando decia: „Si el „mundo estuviese gobernado por ateos, seria lo „mismo que estar bajo el imperio inmediato de

[1] Proverb. XII. 10.

„aquellos seres infernales que nos pintan ce-  
„bándose en sus víctimas.”

Yo bien sé que el mayor número de incrédulos retroceden despavoridos á la vista del abismo del ateísmo, y que se glorian de reconocer un Dios, y aun de celebrar sus grandezas; en una palabra, son deístas. Pero caminemos, señores, de buena fe: ¿creeis que el deísmo, aunque ménos funesto si se quiere que el ateísmo, sea suficiente para mantener el órden público? Decidme, ¿qué idea se forma el deísta acerca de Dios y de su providencia, de su bondad y de su justicia, de sus castigos y de sus recompensas en la vida futura? Sus nociones acerca de esto ¿no son vagas é inciertas, y dependientes de sus pasiones y caprichos? ¿Qué reglas de conducta pueden derivarse de su opinion, ni qué apoyo pueden hallar en ella la moral y la sociedad? ¿Qué diferencia advertís entre el ateo y el deísta? Si comparais su conducta habitual, ¿no es acaso cierto que el deísmo en su teoría se asemeja demasiado al ateísmo práctico, y que en ambos existe casi el mismo olvido de la divinidad, de todo deber y de todo homenaje para con ella, así como de todo esfuerzo y de todo sacrificio para agradarle? ¿Y no tenia Bossuet fundamento para decir que el deísmo no

era mas que un ateismo disfrazado? Es preciso, señores, observar que siempre ha presidido á todas las sociedades civilizadas una religion cualquiera mas ó ménos perfecta: esta es una regla invariable, que no ha padecido ni una sola excepcion desde que el sol ilumina el mundo; y á la verdad que no nos pertenece á nosotros desmentir la sabiduría de los siglos. ¿Y qué es lo que los pueblos han entendido siempre por religion? ¿Han entendido acaso como tal solo algunas opiniones especulativas y estériles acerca de la Divinidad? No: la religion ha sido siempre para los pueblos un conjunto de creencias, de deberes y de homenajes piadosos; y de esto se componen las cadenas invisibles, pero poderosas, que no unen á los hombres con Dios su padre comun sino para unirlos mas estrechamente unos con otros. Confesemos pues que el deísmo no es mas que un fundamento ruinoso para el órden social: es una opinion, pero no una religion.

Pero para hacer conocer mas y mas la necesidad de la religion para la felicidad pública, establezcamos de una manera aun mas especial, que sin la religion es imposible fundar la libertad de una nacion.

¿En qué consiste, señores, que ciertos espí-

ritus de nuestros dias miran con serenidad la decadencia del cristianismo en Europa, y parecen profetizar con tanta alegría como seguridad su entera y próxima ruina? A mí se me figuran unos hijos que se alegran de los progresos de un incendio, cuyas llamas amenazan reducir á cenizas la casa paterna. Cual haya de ser la suerte de la religion en Europa, es un secreto de Dios, que no nos está concedido penetrar. Pero en todo caso no temamos por ella; temamos por nosotros mismos: la venganza mas terrible que podria tomar de nuestros insultos y desprecio seria la de huir léjos de nuestras comarcas, llevándose consigo las prendas mas seguras de la paz y de la prosperidad pública, y dejándonos entregados á las tinieblas y á los vicios de la barbárie, á esos desórdenes y excesos, que envileciendo las almas las amoldan á la esclavitud, y á aquella anarquía á que se sigue el despotismo. Yo quiero, señores, suponer por un momento que el cristianismo llegase á extinguirse entre nosotros, y que en lugar de esta religion positiva, que fija y reúne los entendimientos en una creencia comun; que señala á todos reglas terminantes para conducirse, y que se apodera del hombre todo entero por la fuerza de su verdad, no quedase mas que un



*espiritualismo* vago é incierto, y casi sin ninguna influencia sobre los sentimientos y las acciones. ¿Cuál sería el resultado? Privados entonces los gobiernos del medio mas poderoso de contener á los pueblos en la sumision y el deber, tendria necesidad de oponer á males extremos remedios no ménos extremos. Cuanto ménos reprime la religion, ha dicho el mas célebre publicista del último siglo, tanto mas tienen que reprimir las leyes civiles (1). Sí, señores: si desapareciese la religion, se desenfrenarian con mayor furia todas las pasiones, y para reprimirlas seria preciso recurrir á los medios mas violentos, porque solo ellos serian eficaces: entonces la justicia consistiria solo en la fuerza; la tranquilidad no se hallaria sino en la esclavitud, y las naciones irreligiosas vendrian por último á expiar en las cadenas su atrevida rebelion contra la Divinidad.

Para dar mas extension á nuestro pensamiento, comparemos por un instante los felices efectos del cristianismo con los resultados inevitables que tendria el triunfo de la impiedad. Antes que la luz del evangelio disipase las tinieblas del paganismo, ¿qué espectáculo presenta-

(1) Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XXIV, cap. XIV.

ba aun el pueblo mas civilizado? ¿No es evidente que la esclavitud era la condicion común del género humano, y que solo un pequeño número de personas disfrutaba de libertad? En ninguna parte en efecto vemos que los antiguos legisladores hayan concebido el pensamiento de conciliar la libertad de todos con la felicidad de todos. En Esparta, en Aténas y en Roma se se veia al lado mismo de la libertad una esclavitud espantosa; y yo á lo ménos no sé que los filósofos antiguos hayan reclamado nunca contra un desórden en cierto modo legal, aunque tan escandaloso; solo pues al cristianismo estaba reservado contenerle, hacerle por fin desaparecer, y realizar la alianza de dos cosas que parecian inconciliables, la tranquilidad pública y la libertad universal.

Es cierto que Jesucristo no vino á dar á los hombres lecciones directas de política, ni á trazar á los pueblos una forma determinada de gobierno. El evangelio ha ilustrado y santificado las repúblicas lo mismo que las monarquías; pero por sus máximas y su espíritu aproxima unas á otras las clases mas desiguales, inspira los sentimientos mas tiernos y generosos, consuela la desgracia, reprime fuertemente todos los vicios, y consagra todas las obligacio-

nes domésticas y civiles. Por esto solo la religion llegó á ser para los gobiernos un medio nuevo tan eficaz como dulce para mantener los pueblos en la obediencia; la persuasion reemplazó al temor, y las dulces insinuaciones del cristianismo hicieron sin violencia en los pueblos lo que la fuerza no hacia sino muy imperfectamente. La religion dió á la moral mayor imperio sobre las almas, y por consiguiente las leyes pudieron perder sin peligro una parte de su rigor, y al fin se conoció, gracias al evangelio, que se podía gobernar á los hombres sin tenerlos esclavizados. Para mejor asegurar la tranquilidad de los pueblos dió mas peso á la autoridad dándole un origen sagrado, y afirmó el trono de los reyes, colocándole como se ha dicho con tanta razon, donde el mismo Dios tiene el suyo, en las conciencias; pero igualmente distante de la tiranía que de la licencia, no prescribe ménos á los soberanos la justicia que á los pueblos la sumision, y de este modo pertenece al cristianismo la gloria de haber dado á un mismo tiempo mas estabilidad á los gobiernos, y mas libertad á los pueblos: esto es lo que no han querido ver sus inconsiderados detractores, pero lo que no se ocultó al autor del *Esíritu de las leyes*.

¿Quereis ahora que por un triunfo para siempre execrable consiga la impiedad destruir la fe de los pueblos, que la religion pierda su imperio, y que no sea mas que una arma gastada y sin fuerza contra las pasiones desordenadas? Preparaos entónces á ver renacer los males que ha curado el cristianismo; porque en efecto, entónces serian mas atrevidos los vicios, se multiplicarian los excesos de toda clase, y no habiendo otros medios para reprimirlos y conservar la tranquilidad que las leyes humanas, serian indispensables para contener pueblos sin religion leyes de hierro, calabozos en lugar de altares, soldados en lugar de sacerdotes, un código de suplicios espantosos en lugar de evangelio, y un régimen de terror en lugar de un régimen paternal. Esto es lo que exigiria imperiosamente el mantenimiento del orden público; y ved por consiguiente como ciertos novadores harian con sus sistemas de irreligion retrogradar el mundo social hácia la barbárie, y como ellos mismos son los mayores enemigos de esa libertad de que se declaran apóstoles fogosos. No hay duda, señores, un pueblo sin religion seria indisciplinable, no podria haber para él verdadera libertad, y por querer substraerse del dominio de Dios, se haria él esclavo del